

LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA EN UN MUNDO EN MUTACION

El rasgo sobresaliente de la historia de Europa desde 1920 hasta 1939 es la decadencia de los regímenes que se inspiraban en la ideología democrática del siglo XIX y el florecer de regímenes autoritarios y sociales. No ha de ilusionarnos a este respecto la vuelta a los juegos democráticos en los grandes países europeos comprometidos en la segunda guerra mundial. En el transcurso de esa guerra civil que fué en Europa la segunda conflagración mundial, tres grandes partidos habían tomado posición —más o menos activamente según las circunstancias— en cada uno de los países beligerantes: uno al lado de los anglosajones, otro al servicio de la Rusia soviética, mientras que un tercero quería convertir a Europa en una federación de Estados nacionalistas y sociales. Los partidarios de la democracia clásica han triunfado allí donde la coalición que apoyaban ha extendido su protectorado. Pero las causas de la crisis de la democracia inorgánica no por ello han resultado suprimidas.

Las democracias reinstauradas han padecido los efectos de aquéllas y, en una amplia medida, han tenido que recurrir a las recetas de sus adversarios. El Canciller Adenauer gobierna la Alemania occidental desde hace más de nueve años en una forma de la que denuncian el autoritarismo los liberales alemanes. Los parlamentarios franceses de la IV República se han visto constreñidos a conceder poderes cada vez más amplios a los gobiernos: el último ha entregado su poder legislativo e incluso su poder constitucional al general De Gaulle.

De continuar la crisis de la democracia parlamentaria, ¿se desarrollará en las mismas condiciones que hace un cuarto de siglo? ¿Puede originar movimientos que tengan reacciones análogas? ¿Desembocará del mismo modo?

UNA NUEVA ESTRUCTURA ECONÓMICA

El mundo de hoy en día, aún más duro que el que se sitúa después de la primera guerra mundial, requiere cónsules bien armados que puedan permanecer durante tiempo en sus puestos de mando. En este aspecto el problema no ha variado esencialmente desde los años 20. En cambio, la situación económica y social de los países europeos se ha transformado hondamente. En la medida en que influyen en ella, las fuerzas políticas ya no tienen el mismo aspecto y su dispositivo es diferente. Por otra parte, el Estado desempeña en este dominio un papel que se podía prever, pero al que no se ha adaptado aún su estructura.

En el transcurso de los últimos treinta años, los países de la Europa occidental —España puesta aparte, pero esta excepción poco ha de durar— han visto la actividad económica concentrarse decididamente en las ciudades y en torno a las ciudades. La agricultura no sólo ha perdido su predominio económico, lo que ya era un hecho en muchos países, sino también su influencia en las costumbres y en la política. Además, la mecanización, que permite a una sola familia explotar una amplia finca, acarrea en las regiones de crecido rendimiento la desaparición del campesino que vive en íntimo contacto con la Naturaleza y la aparición de un tipo de agricultor que se aproxima al de jefe de pequeña empresa comercial o industrial. No es imposible que una Europa occidental unificada pueda lograr sus alimentos esenciales de la agricultura, lincada con las explotaciones más modernas, pero la tierra ha cesado de ser en ella la gran reserva de las poblaciones y el gran vivero de las virtudes tradicionales.

Por otra parte, está plenamente en curso un fenómeno menos conocido. En tanto que la industria crecía nutriéndose con población activa en perjuicio de la agricultura, he aquí que se ha vuelto estática. Si bien los progresos de la técnica —mejora de los suelos, selección de simientes vegetales y de las especies animales, mecanización— permiten, en los límites conocidos, que una familia campesina asegure la alimentación de nueve familias urbanas, en tanto que la relación era de una a una hace apenas más de un siglo, la máquina y el robot dan en la industria unos resultados mucho más impresionantes. En efecto, es el dominio en que su aplicación es casi ilimitada, ya que trabajan sobre la

materia al margen de toda reacción del hombre y de la Naturaleza. La población activa tiende a refluir hacia el tercer sector de la economía, aquel en que es insustituible —piénsese en la enseñanza, en una peluquería, en un buen restaurant, en los espectáculos tradicionales— y también hacia aquel otro en que lo es menos difícilmente —transportes, comercio, establecimientos de crédito, banca, industria del libro, publicidad, espectáculos modernos—. Este movimiento resulta acelerado por la elevación continua del nivel de vida, que permite al ciudadano medio disponer de buena parte de sus ingresos en favor de las distracciones, de los viajes, de cierta cultura, ello después de haber hecho frente a los gastos alimenticios y a la adquisición de objetos industriales necesarios a la buena marcha de su hogar y a sus desplazamientos.

Y esta industria, de la que se pudo creer que habría de ocupar más de la mitad de la actividad humana, que sólo absorbe un tercio en países de alta técnica y que concluirá en breve por no absorber más que un quinto, ha trastocado su jerarquía. Hace medio siglo, en un establecimiento industrial, una masa de obreros encuadrados por unos cuantos capataces sólo tenía frente a sí al patrono o al director, asistido por uno o varios ingenieros y algunos empleados. Hoy, los cuadros —técnicos, agentes técnicos, empleados de los servicios administrativos, comerciales, de estudios, a los que pueden agregarse los especialistas altamente calificados— representan ampliamente una cuarta parte del efectivo de un establecimiento moderno. La automatización no ha tenido aún bastantes aplicaciones para que pueda apreciar en qué medida activará esta tendencia. Aunque las primeras estadísticas de que se dispone señalen un equilibrio numérico entre los cuadros y los simples trabajadores, es difícil apreciar en qué proporción estos últimos serán especialistas y obreros especializados. En todo caso, se beneficiarán por igual de una elevación sensible del nivel de vida y no representarán más que una minoría sin gran influencia en el conjunto de la población activa. Así como el mundo de los campesinos va dejando de ser el refugio de las virtudes tradicionales, ya no tendrá la industria la importancia ni la estructura humana que podían hacer de la misma un foco de revoluciones sociales.

En el conjunto de los sectores económicos, las antiguas clases medias aún defienden sus posiciones, pero con frecuencia, ni adelantan ni retroceden, mientras que las grandes empresas avanzan.

Esto no es discutible en la rama de la distribución, en que se pueden comparar los progresos de los grandes almacenes y de los establecimientos que tienen múltiples sucursales con los muy medianos realizados por los pequeños comerciantes. En cambio, se ven surgir nuevas clases medias —todos los cuadros de las empresas privadas y públicas, así como los del Estado— cuyo nivel de vida es comparable, y a veces superior, al de las antiguas clases medias, con las que también están emparentadas por el modo de vivir. Pero su independencia es mucho más limitada y, sobre todo, no tienen que desplegar la misma energía ni hacer frente a las mismas dificultades que aquéllas para mantener su rango en la sociedad.

Por lo demás, son muchos los independientes que ya no gozan de la libertad de maniobra de antaño. La mayor parte de las grandes sociedades han comprendido que, en muchos terrenos, un grado demasiado acentuado de integración acrecentaba desmedidamente los gastos generales. Se dirigen, pues, a diversas empresas pequeñas y medianas para el suministro de elementos necesitados por su producción. Bien parece ser que la automatización nada cambiará a este fenómeno. Incluso se ha podido observar en Estados Unidos —cierto es que según datos fragmentarios— que podría acentuarlo. Estas múltiples pequeñas empresas satélites no tienen ya la libertad que les concedía la posibilidad de contar con una amplia clientela. Y en el sector de la distribución, el comerciante apresado entre sus gastos generales y la necesidad de respetar prácticamente los precios de venta impuestos por las marcas afamadas, no pasa de ser en la mayoría de los casos un mero distribuidor, y no ya ese aventurero en que lo convertía la ley de la oferta y de la demanda.

La vida económica de la nación se organiza, pues, en torno a unos centenares de grandes sociedades rodeadas de decenas de satélites. Estas grandes sociedades pertenecen al sector público y al sector privado, siendo Francia el país que más ha recargado su economía con una ampliación apresurada del sector público. Pero uno y otro sólo ofrecen entre sí poca diferencia aparente al haberse visto obligada la empresa pública a ponerse al paso de la empresa privada. Si esta última se presenta bajo las apariencias que tenía antaño, la dirección, en el interior, escapa prácticamente al capitalismo: al de los pequeños accionistas, porque son demasiado numerosos para poder ejercer un control, y al de los tene-

dores de voluminosos paquetes de acciones, porque la eficacia exige colocar en los puestos de mando a «managers» que la experiencia ha revelado y no a tenedores de capitales cuyo poder se limita ahora a ocupar alguna canongía en los Consejos de Administración. La dirección efectiva no deja por ello de verse muy estrictamente fiscalizada desde el exterior por los Bancos y por la Bolsa, a través de los balances, de las peticiones de créditos, de los resultados conseguidos y de los carnets de demanda. El accionista ya no cuenta en las Asambleas Generales: cuenta en calidad de vendedor y de comprador. Este control exterior de los proveedores del mercado monetario y del mercado financiero contribuyen ampliamente a asegurar la superioridad de la gran empresa del sector privado sobre la empresa similar del sector público, cuya burocracia gravita más y que consigue difícilmente del Estado medios de financiación. Es una de las razones por las cuales las nacionalizaciones y, en general, la ampliación del sector público no suscitan ya entusiasmo alguno, incluso entre los socialistas. Pero estos últimos se muestran particularmente sensibles a otras dos razones: la primera es el hecho de que el personal no está mejor remunerado y no se siente más a sus anchas en una empresa pública que en una empresa privada, y que no sostiene mejores relaciones con el Estado-patrono que con la dirección de una sociedad anónima, lo que coloca a los socialistas en una situación delicada cuando participan en el gobierno; la segunda se debe a la transformación de la gran empresa en una especie de persona moral de interés público. Este último aspecto merecería un largo estudio. Sólo cabe subrayar aquí dos rasgos fundamentales: por una parte, más se desarrolla la economía, más los intercambios internacionales se convierten en factor decisivo del nivel de vida nacional, siendo las empresas privadas mucho más competidoras en el mercado internacional que las empresas públicas; por otra parte, la empresa privada ha devenido el mejor recaudador de contribuciones del Estado. Porque el Estado moderno se ha convertido en el gran *redistribuidor* de la renta nacional. Absorbe más de su tercio, y no lo conseguiría si las empresas privadas, sin demasiadas reticencias, no se prestaran a ser unos colectores de los que el Estado puede sacar fondos, mientras que se puede dar por satisfecho si las empresas públicas no constituyen una carga para su Tesorería. El *Welfare State*, el Estado-Providencia no puede permitirse el lujo del so-

cialismo de Estado, o, si se quiere, la socialización del ambiente, grata a Proudhon, no es muy compatible con la estatización de las empresas.

En una de sus fórmulas favoritas, los movimientos autoritarios sociales posteriores a la primera guerra mundial proclamaban que en el orden económico era preciso ir más allá del capitalismo y del marxismo. Allí donde han triunfado, esos movimientos tuvieron menos éxito tratando de precipitar esta evolución natural, cambiando la atmósfera social que mediante la imposición de algunos retoques jurídicos. Por muy sutil que pueda parecer *a posteriori*, es posible que este cambio de atmósfera haya tenido consecuencias duraderas; pero es por su lógica interna, antes que como efecto de presiones exteriores, que la empresa ha rebasado el punto capitalista clásico. En un curioso paralelismo, el *trust* soviético ha llegado a tener una estructura comparable con la de la gran empresa americana. No obstante, incluso prescindiendo del contexto político y social, se observan entre ellos dos diferencias esenciales: el *trust* soviético está a las órdenes de los planificadores, y la empresa americana obedece a las indicaciones del mercado; en Rusia, un ejército de interventores y de burócratas tratan de asegurar la progresión del rendimiento y la calidad de la producción, en tanto que la competencia los aseguran muy eficazmente en los Estados Unidos. Hasta ahora no es negable el éxito en América del Norte del neo-capitalismo, que es sobre todo empírico, y en Alemania donde el neo-liberalismo teórico ha tenido una influencia notable. En las circunstancias actuales, la U. R. S. S. tiene pocas esperanzas de recobrar su atraso cuantitativo, y, sobre todo, cualitativo. Su mejor economista quiere creer aún que una crisis económica cambiará los términos de la partida. El mundo de la economía regulado por los mercados, no está, sin duda, al amparo de una crisis, pero aunque hubiera de producirse, el momento en que se iniciaría y su amplitud pertenecen al dominio de las puras hipótesis. Y es de observar que los Estados están advertidos y de otro modo armados que hace unos treinta años para enfrentarse con la misma. Las consecuencias políticas de una crisis económica son por lo demás imprevisibles. Los golpes que asestaría al neo-liberalismo no redundarían probablemente en favor del bolchevismo. La experiencia de la última crisis mundial es instructiva a este respecto.

De momento, es de muy distinto orden el problema político

que ya ahora plantea la estructura de ese neo-capitalismo. Como el Estado-Providencia se apoya en él, se oyen denunciar cada vez menos —y con mucho menor calor— los feudalismos económicos, en tanto que éstos refuerzan su base económica y su poder político. Ciertamente, la corrupción desempeña su papel, pero la complicidad entre los políticos que reparten bienestar material y los grandes jefes de la industria en quienes la embriaguez de acrecentar su producción supera cada vez más el afán de buscar provecho, tiene una causa más profunda. Los discursos de los jefes de Gobierno se asemejan ahora a informes de Presidentes de Consejos de Administración. Mas un gran Estado traiciona su misión si supedita todo a la búsqueda de la prosperidad económica, cuando le pertenece escoger la forma de prosperidad compatible con el papel que su pueblo ha de desempeñar en el mundo. Por lo tanto, asegurar la independencia del Estado no es sólo evitar el predominio de una oligarquía económica. El Estado sólo puede ser independiente si su base, su estructura y su cabeza hacen del mismo un instrumento esencialmente político.

EL HOMBRE-MASA DESPROLETARIZADO Y DESINDIVIDUALIZADO

La reunión de los hombres en las aglomeraciones urbanas, la producción en masa de los objetos de primera necesidad y el semi-lujo, la generalización de un salariado superior eran fenómenos que ya podían observarse hace treinta años. No tenían —ni con mucho— la amplitud que tienen hoy en día, y sólo habían empezado a producir sus consecuencias sociales y políticas.

Hace treinta años, aún existían tres sociedades en los países de la Europa occidental: la campesina, la burguesa, la proletaria. Más que por los niveles de vida, la burguesía y el proletariado se oponían por las costumbres. La burguesía tenía sus barrios, sus escuelas, sus proveedores, sus modos de vestir, sus teatros, sus conciertos, sus óperas y sus libros. El proletariado sólo tuvo costumbres en la medida en que aún se vinculaba a la pequeña burguesía, cuando ésta procedía de la clase artesana o del mundo campesino que había abandonado su terruño. Momento hubo en que los vínculos se relajaron o desaparecieron al extremo de que la clase obrera pareció no tener siquiera en común con las demás clases lo que las vinculaba a ellas: el Estado, la Patria y las Iglesias. Sin em-

bargo, han fracasado los esfuerzos de algunos intelectuales para crear una civilización proletaria. Del siglo largo en que ha existido el proletariado como un mundo aparte, no quedará siquiera el equivalente del «fabliau» del pueblo francés de la Edad Media. Sólo las costumbres más libres, improvisadas por el proletariado de las grandes urbes como consecuencia de la ruptura con la moral tradicional y del trabajo generalizado de sus mujeres en las oficinas y en las fábricas, han conquistado las demás capas de la nación, y ello por razones análogas, al menos si se ha de creer cierta literatura, testigo sospechoso a decir verdad. ¿Ha pensado León Blum que anunciaría más los nuevos tiempos con su libro sobre el matrimonio que con sus análisis y sus profecías económicas? Por supuesto, es curioso comprobar que en este libro las consideraciones sociales apenas si tienen un lugar.

Por lo demás, es el «a la medida» de la antigua burguesía, que bajo la forma de «confección» ha conquistado o se está conquistando una sociedad unificada. La incuria de los dirigentes franceses explica que aún existan barrios y suburbios desolados que, entre nuestros vecinos del Norte y del Este, se presentan como tristes anacronismos. Pero, a pesar de ese atraso, los obreros de la industria están cada vez mejor alojados —a semejanza de la mayor parte de las familias de las clases medias— en viviendas donde están instalados los mismos muebles que proceden de los grandes almacenes, que constan de una cocina donde se despliega toda la gama de los utensilios caseros construidos en gran serie. La radio y la televisión no faltan en el cuarto de estar, aunque haya que señalar una resistencia por parte de ciertos ambientes de la antigua pequeña burguesía contra la invasión de los hogares por las imágenes impuestas desde el mundo exterior. La motorización tiende, por lo demás, a devenir general; para mucha gente modesta la preocupación por el auto supera a las demás, el deseo de escapar a los hormigueros de las grandes urbes traduciendo, según el caso, una reacción sana de la personalidad amenazada o un nomadismo sin finalidad y sin provecho que se asemeja a la embriaguez. Los espectáculos colectivos reúnen a todas las clases en los estadios y en los cines. Los diarios y los semanarios de amplia tirada son leídos en todos los hogares. Ediciones baratas, y no obstante bien presentadas, ponen una gran masa de libros al alcance de todas las bolsas. Con los progresos de la mecanización, pocos trabajadores tienen aún las manos ca-

llosas; el sombrero o el tocado que antaño eran la manifestación de una casta o de una profesión ha desaparecido; las gentes visten las mismas ropas, y, cada vez más, las mismas ideas flotan en sus mentes.

Socialistas y conservadores celebran esta transformación. Los primeros, porque ven en ella el medio —poco conforme con las previsiones de sus predecesores— de llegar a una sociedad sin clases. ¿No deberían sentir por ello alguna melancolía? En una página admirable, escrita durante su juventud, Jaurès ha descrito un domingo en Toulouse e imaginado todos los sentimientos de rebeldía generosa y todas las imágenes del mundo futuro, diversas según los temperamentos, que acompañaban a los obreros en su paseo, su única distracción después de una semana de trabajo de más de cincuenta horas. Se sigue votando socialista y comunista en Toulouse, pero esos trabajadores socialistas y comunistas, en realidad son, en su mayoría, pequeños burgueses junto a quienes los pequeños burgueses radicales de Toulouse de hace medio siglo aparecerían como unos gigantes del idealismo. Y ¿qué pensaría Sorel, que consideraba la violencia proletaria como «el único medio de que disponen las naciones europeas embrutecidas por el humanitarismo, para volver a hallar su antigua energía», si viera al antiguo proletariado poco a poco adormecido por la mollicie burguesa y dejándose conquistar por un humanitarismo de baja ley?

Se comprende que los conservadores celebren ver el campo de los sitiadores convertidos en barriada, y asemejarse cada vez más a una ciudad sitiada que puede derruir sus murallas. Pero, ¿qué queda del depósito sagrado para cuya defensa se habían armado estos conservadores? ¿Cuántos señores campesinos y campesinos señores quedan? ¿Puede reconocerse en las profesiones liberales de hoy, envascadas en la socialización del ambiente y vencidas por el afán de lucro, aquellas de antaño cuyas élites ejercían su carrera como un sacerdocio? Y ¿qué dominios están aún reservados hoy al artesano que es un artista, al jefe de empresa valiente que se lanza en una aventura comercial o en la explotación de una patente? La clase media va a ser ahora la mayoría, pero sus elementos más numerosos no tendrán ya el orgullo, la responsabilidad y la independencia vinculados a la propiedad de un instrumento de trabajo, ya no asegurarán por sí mismas la seguridad contra los días aciagos y la vejez, y su creciente especializa-

ción las preparará menos que en tiempos pasados a considerar los problemas generales y, por ende, los problemas políticos.

¿Resulta muy cierto que la generalización de la instrucción, muy de celebrar desde el punto de vista técnico, logrará compensar el que se hayan arredrado estas dos grandes educadoras: la Naturaleza y la Vida? Sólo lo sabremos cuando aparezca en toda su pureza, en toda su sequedad, el tipo de hombre que no tiene la menor vinculación con el campo, que vive encerrado en el estrecho sector a que lo condenará su especialidad y cuya salud y destino estarán protegidos por el algodón del Estado-Providencia. Tampoco sabemos si la difusión del libro en serie y la música mecánica puesta al alcance de todos darán a la cultura una base humana más amplia, de donde podrán salir creadores, o si, por el contrario, se ahilará víctima de la uniformidad, aunque el hecho de que en Estados Unidos una editorial vacile en aceptar una novela que no sea susceptible de ser posteriormente lanzada en una colección de *pocket books* incite a inclinarse por la segunda hipótesis. Ignoramos, por lo demás, lo que será una civilización en que la palabra y la imagen, servidas por múltiples medios mecánicos, habrán reducido considerablemente el sitio de lo escrito.

Esta sociedad, en la que desaparecen los gérmenes revolucionarios, en la que se merman los ambientes de los que surgen fuertes personalidades y aristocracias vivas, parece anunciar un desabrimiento del hombre, paradójicamente compatible con el prodigioso desarrollo de su dominio sobre la materia y la Naturaleza. Pero al afirmar tal sin reservas, se corre el riesgo de la desmentida que con frecuencia el hombre, siempre desconcertante, ha dado a muchos pensadores geniales que se han dejado llevar a sentar cátedra de profetas. El número de suicidios en los países escandinavos, los actos de violencia gratuita a los que se entregan en numerosos países muchachos que han recibido la educación más racional que imaginarse pueda, indican que la forma de dicha dispensada por esos Estados-Providencia no satisface todas las naturalezas. Podemos pensar que por doquier se producirán reacciones, pero no podemos prever ni su carácter, ni su forma, ni su amplitud. Asimismo, es imposible saber cómo reaccionará —porque no está solo— el mundo blanco, reino del hombre-masa aburguesado, ante los peligros que se acumulan en los países de color, de hombres-masa proletarizados.

Queda que, tal y como se presenta hoy en día, la sociedad de

la Europa occidental no tiene ya la estructura que había suscitado la lucha de la que el fascismo había de salir victorioso. Ya no existen clases medias vigorosas, deseosas de mantener su rango y que defendían tradiciones vivas que tengan que afrontar bárbaros animados por una fuerza primaria que amenazaba ese rango y negaba esas tradiciones. La lección del fascismo no sólo ha sido comprendida por los marxistas, sino que la masa obrera ya no está separada de las clases medias por el nivel de vida y las tradiciones. Y no es que aquélla haya sido conquistada por éstas, que sólo tienen el mismo vigor en círculos estrechos, sino que las antiguas clases antagónicas han relegado la mayor parte de los valores con motivo de los cuales se habían afrontado a un museo que tienen en común. El palacio transformado en residencia del Seguro Social es el símbolo de los tiempos nuevos. Todo el mundo va a llevar flores a la estatua de Juana de Arco, y la mayoría de los burgueses considerarán que es de pésimo gusto hablar mal de la Comuna de París. La mayor parte de los antiguos mitos, de esos mitos, de los que decía Sorel que debajo de los mismos se vuelven a hallar las tendencias más fuertes de un pueblo, de un partido o de una clase, están muertos o muriéndose. De ahí que no susciten ya el fanatismo —el furor sagrado— que se desencadenó entre las dos guerras mundiales. Y que no llamen a engaño las polémicas que se prosiguen. No son más que los ecos de los gritos de guerra de hace treinta años. Podrían hacernos creer que la guerra continúa, cuando sólo se trata de un simulacro.

EL ESTADO MULTIFORME

La nueva clase media ha heredado de la antigua innegables cualidades de laboriosidad y de iniciativa. No por ello se apoya menos en el Estado para no correr más que riesgos limitados en sus actividades, para la educación de sus hijos, para la protección contra la enfermedad y la vejez, para la conservación de su ahorro individual y colectivo, exigiendo además que aquél no estorbe, sino que, al contrario, ayude al crecimiento paulatino de su nivel de vida. Casi todas las clases están de acuerdo para pedir por igual al Estado que rectifique, merced a un nuevo reparto, los beneficios que distribuye el sistema económico en su estructura actual. De suerte que, aun nutriendo los presupuestos clásicos del Esta-

do, el aparato fiscal y parafiscal sirve, por una parte, para financiar la Seguridad Social e inversiones económicas, para subvencionar producciones y desanimar otras, para estimular exportaciones y, por otra parte, para gravar al rico y al soltero en provecho de las familias modestas.

Este incremento de funciones y de cargas tiene una gran importancia, pero no constituye, por supuesto, la consecuencia más grave de la creación del Estado-Providencia. Antaño, el diálogo que se entablaba entre el súbdito o el ciudadano y el Soberano —con modalidades diversas, según fuera el régimen— tenía siempre por objeto los recursos que las personas privadas ponían a disposición del Estado para permitirle asegurar la justicia y la policía y, sobre todo, para lograr sus metas de política exterior. Los efectos menos directos que esta política podían tener sobre la vida de las personas daban eventualmente lugar a quejas; preciso era que fueran considerables para que tales quejas alcanzaran una amplitud de naturaleza suficiente para conmover el poder. Actualmente, la conciencia del ciudadano del Estado político se ha adormecido, pero el interés del beneficiario del Estado-Providencia está siempre en vela. Se ha creído que se le había enseñado a leer las estadísticas y se le facilitan de todas clases. En general, sólo es sensible a las que le interesan de modo inmediato y personal: las del precio de la vida, de las tasas de las contribuciones y las del porcentaje de los gastos sociales asumidos por el Estado y el que queda a su cargo. Conoce sus ingresos, indicados por el recibo de su haber o su contabilidad. Por otra parte, queda enterado de los progresos, efectivos o previstos de la producción, clamoreados por todas las voces de la propaganda. Caso de que se estanque su nivel de vida —que un rápido cálculo le permite apreciar—, hélo aquí que frunce el ceño. Si retrocede, surgen inmediatamente las protestas ampliadas por las organizaciones profesionales o de clases. Hay una minoría que no permanece insensible a los argumentos del Estado económico: déficit de la balanza comercial y de la balanza de pagos, el alza de las primeras materias en los mercados mundiales y la necesidad de mantener precios de competencia para la exportación, dedicando una parte incrementada de la renta nacional a las inversiones. Pero en esta minoría de «realistas», escasos son los ciudadanos dispuestos a escuchar los argumentos del Estado político. La necesidad de defender una posición exterior o de reforzar el presupuesto de

guerra son evocadas sin gran éxito, pues las cuerdas cívicas atrofiadas o aflojadas están poco dispuestas a vibrar. De ahí que los dirigentes del Estado político se vean obligados a dirigirse al pueblo en el idioma propio del Estado económico o del Estado-Providencia. En lo que respecta a Argelia, por ejemplo, se insiste en consideraciones sociales y se pone de manifiesto que la pérdida de este mercado acarrearía el paro de una parte considerable de los asalariados. Por otra parte, el Estado político emplea cierto número de expedientes susceptibles de asegurarle alguna tregua por parte de los beneficiarios del Estado-Providencia. La inflación, que sirvió para financiar los gastos de las dos guerras mundiales, crea durante un tiempo la ilusión de que el nivel de vida sigue siendo el mismo, cuando una parte más crecida que antes de la renta nacional se consagra de hecho a una industrialización acelerada o a operaciones políticas. Una manipulación adecuada de los termómetros económicos puede prolongar la ilusión. Pero, cada vez más advertidas, informadas o excitadas por sus organismos representativos, las masas se dejan prender cada vez menos por ese juego.

Lo que Spengler ha llamado el salario político corre, pues, el riesgo de paralizar el Estado político. Al pretender garantizar a todos los productores una renta que sólo puede variar en alza, sin que la coyuntura económica y las circunstancias políticas puedan poner en funcionamiento una cláusula de salvaguardia, hay que subordinarlo todo a ese compromiso. Aquél puede felicitarse cuando le es posible hacer comprender que lo social depende de lo económico y cuando puede imponer a la nación las reglas prudentes de las sociedades anónimas que consagran a las amortizaciones, a las inversiones y a las reservas una parte suficiente de los beneficios brutos. Pero hallará una gran mayoría de sordos si quiere dar a entender que lo económico es a su vez dependiente de lo político y que, de todas formas, lo político, que asegura no sólo la prosperidad de los pueblos, sino su seguridad, su dignidad y su grandeza, debe tener la primacía.

La diferencia fundamental entre los Estados democráticos y los Estados autoritarios, o para hablar con más puridad entre los Estados que sólo pueden hacer trampa ante la presión de las masas y los que pueden contenerlas cuando correrían el riesgo de impedir que se consagren a su objeto esencial, reside en la jerarquía diferente de las misiones que se han visto obligados a acu-

mular. Mientras que los unos están obligados a colocar lo social en el primer plano, los otros subordinan lo social y lo económico a lo político. Objetivamente, la diferencia puede parecer bastante menguada, ya que el Estado-Providencia bien se ve constreñido a tener su política, y que el Estado político del siglo XX ha de asegurar una salud social floreciente a su pueblo para que apoye animosamente sus designios. El nivel de vida no era sensiblemente diferente, por ejemplo, entre Alemania y Francia, países económicamente comparables, en 1936; mientras que en el primero el Estado político se imponía, en el otro el Estado-Providencia iba dominando. Incluso en la U. R. S. S., donde la doctrina imperante, las tradiciones históricas y el temperamento de las razas se conjugan para permitir al Estado consagrar el máximo de la renta nacional a finalidades políticas —o económicas a largo plazo, lo cual pertenece ya a la política—, el Estado se ve cada vez más obligado a conceder a las masas cierto número de satisfacciones individuales. Pero, la diferencia es considerable en cuanto a la libertad de maniobra del Estado y a la mentalidad de los ciudadanos. La nación dotada de un Estado-Providencia es una ansiosa, sensible al menor disturbio, que sin cesar se toma la temperatura y evita los excesos y las corrientes, mientras que la nación dotada de un Estado político no presta atención a un malestar pasajero, se pasa las gripes en la calle, puede imponerse una hazaña deportiva en que llega al límite de sus posibilidades y no teme exponerse a las tormentas.

Cualquiera que sea la jerarquía de sus preocupaciones, el Estado del siglo XX, cuyo antiguo papel se ha complicado, en tanto que nuevos papeles vienen a absorberlo, no puede tener ya el mismo régimen que hace unos cincuenta años. En el transcurso del siglo XIX, los ciudadanos-burgueses solicitaron tomar parte en la marcha del Estado —que generalmente hacía frente a sus deberes esenciales con órganos seculares: monarquía, aristocracia, ejército, magistratura, administración dotada de recias tradiciones— para discutir el total de los recursos que pondrían a su disposición y el empleo de los mismos; parejamente, los ciudadanos-proletarios, cuya importancia crecía con la industrialización, se vieron divididos entre dos movimientos que con frecuencia se confundían, uno tendente a luchar contra el Estado considerado como hostil, el otro tendente a reclamar su protección. Bajo la presión de la burguesía, el Estado se tiñó al principio de

liberalismo y, poco a poco, la menor de sus decisiones y el menor de sus créditos fueron áspera y largamente discutidos por asambleas recelosas. Si el civismo —como en Gran Bretaña— o la misma Constitución —como en Alemania imperial— no dejaba la seguridad de la nación fuera de discusión, se producía una degradación del Estado, tanto más sensible cuanto que una fracción del proletariado no reconocía su autoridad. Pero, por otra parte, el Estado, bajo la presión de la evolución económica y de las masas adheridas expresa o tácitamente al socialismo de Estado, ha tenido que asumir múltiples funciones que el mecanismo instalado por el liberalismo ha pretendido controlar sin lograrlo. Y el Estado multiforme ha matado al Estado liberal.

El Parlamento no tiene ni tiempo ni capacidad para vigilar la gestión de la Seguridad Social que, en Francia, moviliza una décima parte de la renta neta del país. Está aun menos armado para aventurarse en el *maquis* del sector público de la economía, con sus empresas nacionalizadas, mixtas y subvencionadas, que representan aproximadamente una cuarta parte del aparato de producción del país. Y cuando el Estado es simplemente un orientador, los parlamentarios sólo pueden dar el visto bueno a un plan general que les propone un comité de especialistas y no pasan de apoyar o criticar *a posteriori* las medidas de urgencia que la dirección del Banco de Francia y la Inspección de Hacienda han hecho aprobar por el Gobierno en materia de moneda, de tasa de descuento, de tarifas aduaneras, de precios industriales y comerciales. Están ahora desconcertados en muchos dominios en que sus predecesores se movían con holgura. Es que los problemas se han tornado mucho más complejos. Hace poco más de un siglo, Lamartine y Thiers lograban fácilmente empaparse del tema antes de discutir la construcción de una red ferroviaria en Francia y eran fácilmente entendidos por los diputados. Actualmente, es sintomático que haya sido preciso mandar subir a la tribuna del Palais Bourbon a unos no parlamentarios —uno de nuestros más brillantes organizadores y uno de nuestros más ilustres sabios— para exponer las ventajas del Euratom. Es tal la complicación del material de guerra que las comisiones parlamentarias ya no están capacitadas como antaño para pronunciarse con cierta competencia sobre la distribución de los créditos enormes que se solicitan para su construcción. Las oficinas han desempeñado siempre un gran papel. Pero el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo tenían an-

tes la última palabra. En la actualidad, los tecnócratas se han erigido en Poder propio. En la cumbre, el ministro manda menos en su Ministerio que el secretario general; otro tanto sucede con el alcalde y el Concejo de una ciudad importante. La democracia, por haber querido ser económica y social —o por haberse visto constreñida a serlo— no será en breve más que una pantalla que cubre a la tecnocracia.

Un Estado autoritario no está a salvo de las consecuencias de esta evolución. Tampoco Mussolini pudo controlar su Estado Mayor militar y resultó cruelmente decepcionado por él. Queda en pie que un Gobierno que no está paralizado por un Parlamento, que tiene asegurada una larga duración, que goza de libertad para tomar medidas y tomarlas rápidamente, puede imponerse más a esta tecnocracia en potencia que agrupa a los grandes especialistas del Estado y a los «managers», que gobiernos inestables e impotentes o que un Parlamento incompetente. Porque el caso es que la tecnocracia dejada sin directrices y sin control tiende, naturalmente, a considerar los instrumentos de que dispone como un fin y no como un medio. Los feudalismos nacen menos de la voluntad de poder de los feudales que de la impotencia del Soberano. La conciencia más o menos clara de este desmembramiento del Estado ha contribuido, sin duda, a inducir al Parlamento a delegar gran parte de sus poderes a los gobiernos. Pero esta delegación constituye un simple paliativo si no tiene un carácter permanente y si los equipos a quienes han sido conferidos se suceden demasiado rápidamente, sin resultar ligados entre sí por una continuidad de puntos de vista. Además, no basta con alzar una autoridad superior por encima de los tecnócratas; también es preciso llevarlos a colaborar voluntariamente integrándolos en una corriente política. El Estado político debe imponerse por ser tan convincente como autoritario.

Para llegar a esa refundición del Estado que imponen las múltiples formas de sus actividades y la creciente complejidad de las mismas, preciso será ensayar y, sin duda, conjugar numerosas fórmulas. Se puede soñar en reforzar organismos de control, cuales el Tribunal de Cuentas, en dejar libertad de movimientos a inspectores generales, en facilitar armas eficaces a las comisiones de las Asambleas representativas. Probablemente será, sobre todo, preciso organizar la formación y la recluta de los «managers» y de los altos funcionarios del Estado para que constituyan una cla-

se de servidores de su comunidad. Es esta una obra a largo plazo. Mientras tanto, hay que acudir a lo más urgente. El Estado político debe tomarle la delantera al Estado-Providencia y los grandes responsables de la administración y de la economía han de ser llevados a servir la misión del Estado político tanto por la autoridad que los impresionará como por el impulso político que los arrastrará.

De la sociedad europea que se aburguesa de modo irreversible, pero perdiendo muchas de las virtudes de la antigua burguesía, sólo se puede esperar una reacción en la medida en que un choque le haga comprender el imperativo de la primacía de lo político. De otra manera, bajo la máscara de la democracia clásica, abandonará el poder real a los tecnócratas del Estado económico. Estos sólo tendrían dificultades con los demagogos que harían correr el riesgo de desequilibrar la economía con el pretexto de perfeccionar el Estado-Providencia. Las posiciones imperiales que aún detenta Francia podrían dejar presumir que la primera reacción política se produciría en este país. El cambio, hasta aquí pacífico, del que es el teatro, ha tenido de modo muy natural su epicentro en una región, Argelia, donde el « ¡política primero! » se imponía. Pero si no nos atenemos a las apariencias, hay que convenir que la metrópoli, aún preocupada en primer término del bienestar material, e indiferente en su masa a los problemas políticos, no se ha metido de lleno en la nueva vía.

En todo caso, si, de nuevo, resurgieran en el conjunto de la Europa libre la preocupación política y la voluntad de poder, la sociedad y el Estado han sufrido tal transformación que los movimientos que en ella se crearan no podrían ser la reedición de aquellos que lucharon entre las dos guerras mundiales. Los que triunfaran, deberían aportar soluciones originales a problemas nuevos, ello en un marco mucho más amplio que el anterior, porque el de la nación ya no está a la medida del siglo de los grandes imperios.

FRANÇOIS GAUCHER

RÉSUMÉ

Depuis la fin de la première guerre mondiale nous assistons à la crise de la démocratie parlementaire et malgré le retour aux

jeux démocratiques après la seconde guerre mondiale. le procesus continue.

La situation économique et sociale des pays européens est très différente de celle de 1920. L'agriculture a perdu sa supériorité économique et son influence sur les coutumes et la politique. L'industrie aussi s'est transformée par suite de l'automatisme d'une telle façon que la structure humaine qui pourrait faire d'elle un foyer de révolutions sociales n'aura plus aucune importance. Les anciennes classes moyennes disparaissent et laissent la place à d'autres classes nouvelles qui ont quelques caractéristiques des anciennes mais aussi leurs caractéristiques tout-à-fait originales.

La vie économique de la nation s'organise autour de quelques grandes sociétés entourées de dizaines de satellites. Il n'est pas étonnant que ces grandes sociétés appartiennent au secteur public ou privé car l'organisation et les méthodes des uns et des autres se ressemblent beaucoup.

La différence entre la société bourgeoise et la société prolétaire a presque disparue et nous assistons à la création d'une société unifiée où prédominent les tendances bourgeoises. L'homme est sorti du prolétariat mais aussi il a perdu son individualisme pour faire partie d'une masse.

Actuellement la conscience d'un citoyen d'un Etat Politique s'est assoupie, mais l'intérêt du bénéficiaire de l'Etat-Providence est toujours éveillé. Les formes multiples des activités politiques et leur croissante complexité nous permettent de parler d'un Etat multiforme où la politique —à l'exception des Etats totalitaires— dépend de la situation économique et sociale. L'auteur nous dit que la société européenne s'embourgeoise, mais en perdant de nombreuses qualités de l'ancienne bourgeoisie et on ne peut espérer une réaction que lorsqu'elle comprendra la nécessité de la prééminence de la politique.

SUMMARY

Since the end of the First World War we are witnessing the crisis of parliamentary democracy and even though we have contemplated the return to democratic games after the Second World War, the process continues.

The economic and social situation of European countries is very different to that of the 1920s. Agriculture has lost its economic predominance and its influence over customs and politics. Industry has also been transformed as a consequence of automation in such a way that it will not ever have the importance nor the human structure that a focus of social revolutions could have given it. The old middle classes are disappearing and leaving in their place other new ones that possess some of the characteristics of the old ones apart from completely original traits.

The nation's economic life is organized around a few large societies, surrounded by tenths of satellites. It is relevant that these large societies belong to the public or private sector, as the organization and methods of each of them have come together enormously.

The difference between bourgeois society and proletarian society has almost disappeared and we are witnessing the creation of a unified Society in which the bourgeois norms predominate. Man has become less proletarian but has been massified and des-individualized.

At present the conscience of political State citizens has gone to sleep, but the interest of the beneficiary of the Welfare State is always on the watch. The multiple ways of political activities and the growing complexity of same make it possible for us to speak of a multiform State in which the political —with the exception of the authoritative States— is oppressed by the economic and social aspect. The author says that the only thing that can be expected from European society that is made bourgeois and which loses many of the older bourgeois virtues is a reaction to a shock that ought to make it understand the imperative of primacy in political matters.

